

EL DUELO Y EL RITUAL: UNA MUERTE EN UNA FAMILIA JUDIA

JANET C. ROBERTSON

Janet C. Robertson quien vive en Hampton Connecticut muestra en que forma el ritual establecido ayuda a la persona en duelo a sobrellevar los primeros y más difíciles días después de la muerte de un ser querido.

Tomado de "RECONSTRUCTIONIST" Vol. XV, Mayo de 1974 - Nº 4.

La muerte y el duelo son temas tabú en Norte América. Evitamos hablar de ellos. Decimos que una persona ha "desaparecido" o "pasó a mejor vida"; los eufemismos son nuestra forma de enfrentar la última crisis de la vida. Detrás de esta falla de la mayoría de la gente al tratar con la realidad de la muerte hay un temor primitivo, el firmar el traspaso del mal de ojo a otros. Pero si la muerte propiamente dicha se evita como tema de conversación, cuánto más evitamos hablar sobre los que han sufrido una pérdida, los que están de duelo. Algún día, todos nos hallaremos en su posición, pero es un tema que no discutimos, si podemos evitarlo.

La gente solía vestir ropa negra durante por lo menos un año después de la muerte de un pariente, y luego diversos tonos de gris y lila, por espacio de períodos especificados. Nadie hace eso ya. Es raro que los hombres usen brazaletes negros, si es que todavía los usan. En realidad, la mayoría de los grupos religiosos se atienen a rituales breves en este país. La gente ya no cuenta con pautas a seguir cuando alguien fallece. No sabemos lo qué hacer con nosotros mismos. Tenemos una cierta idea de que deberíamos manifestar externamente nuestra sensación de pérdida, que deberíamos "mostrar un cierto respeto" por los muertos, pero no tenemos forma de hacerlo.

Para los judíos ello no es necesario. Miles de años de tradición y de enfrentamiento con la condición humana han conservado para la época moderna un conjunto de rituales que el hombre moderno necesita desesperadamente. Todos nacemos. Todos morimos. Debemos enfrentar estas realidades de nuestra compartida humanidad. De acuerdo con la tradición judía, podemos hacerlo con suma facilidad, en caso de muerte, compartiendo nuestro dolor y ayudándonos unos a los otros. Una idea simple y primitiva que ha resultado efectiva durante varias generaciones. El judaísmo le otorga a la persona de duelo algo que hacer cuando lo necesita, le da rituales a seguir en el "valle de la sombra de la muerte". La forma judía no es la única que hay, pero si uno nace con ella, ofrece ayuda en un momento crítico.

Por cierto que la muerte y la soledad eran las cosas en que menos pensé la noche en que las enfrenté por vez primera. Me hallaba cómodamente establecida en Inglaterra con mi familia, disfrutando del año sabático de mi marido. Habíamos alquilado un pequeño bungalow y estábamos apiñados en torno al televisor observando la BBC cuando de pronto sonó el teléfono. Mi marido contestó y por la forma en que habló me di cuenta de que había algo que no estaba en orden. Luego se dirigió a mí y me

dijo: "Es tu madre hablando de Jerusalem, querida, me temo que tiene muy malas noticias." Mi madre acababa de llegar a Jerusalem, como sabía, para asistir a las sesiones del Congreso Sionista Mundial que se celebraba allí y tenía proyectado venir a vernos a Inglaterra, donde mi padre se reuniría con ella después de realizar un viaje a Florida para pescar, durante su ausencia.

Tomé el teléfono y escuché entumecida y sin comprender la voz de mi madre. Me decía que acababa de recibir un llamado de Florida. Decían que mi padre de pronto se había enfermado gravemente, de hecho que estaba muriendo. Ella estaba haciendo sus valijas y tomaría el primer vuelo que hubiera a casa desde el Aeropuerto de Lod. En medio de su propia desgracia, trató de tranquilizarme. Si podía protegerme de algún modo, quizás ello no fuera todo cierto. Me dijo que no fuera a Florida, que no llevara a los niños. Este tipo de negación es una primera reacción habitual ante la enormidad de la muerte.

Anoté el número de vuelo de mi madre y le dije que volvería a llamarla para darle el mío no bien lo supiera, porque iba a viajar. Todavía estaba totalmente confundida. Mi mente se negaba a enfrentarse a la situación. Todo lo que hice con algo de sentido lógico fue automáticamente. Simplemente comenzaba a moverme, mientras mi psiquis trataba de enfrentarse a las emociones. Fue aquí donde los rituales religiosos comenzaron a ayudarme de inmediato. Había cosas por las que *hay* que pasar. Había que hacer cosas, y con su ayuda tímidamente comencé a enfrentar la tremenda realidad. No se pueden negar ni ocultar cuando hay cosas específicas que se deben hacer.

Enfrentada con la muerte, toda la familia debería dirigirse al lecho de muerte del moribundo. Supe que eso era lo primero que había que hacer. Durante el largo viaje aéreo de regreso, después de esa terrible noche de llamadas al extranjero, de empacar y de rezar, lloré y me pregunté qué habría de suceder ahora. Dije el *Shemá* por mi padre, por si no estuviera consciente de lo que le sucedía y no pudiera decirlo él mismo.

Mi tío, que había venido de Boston, nos buscó del aeropuerto de Palm Beach y nos llevó en coche al hospital. Todos nos dirigimos a gran velocidad a la unidad de terapia intensiva y pedimos ver al Sr. Cohen. Un médico desconocido salió y dijo "Lo lamento. El Sr. Cohen no está aquí ya." Mi padre no había sobrevivido siquiera veinticuatro horas desde el momento en que llamaron a mi madre por teléfono.

No pedí verlo. Tenía una borrosa sensación de que sería una profanación y por cierto que más tarde el rabino nos dijo que no deberíamos hacerlo. No está prohibido, pero es una especie de orgullo por parte de los vivos y una falta de cortesía para con el muerto querer verlo en un estado tan vulnerable. Por supuesto, la excepción a esta regla se aplica a los que deben preparar el cuerpo y lavarlo siguiendo el rito.

Había otras cuestiones relativas al cadáver que debíamos responder. Mi madre todavía se hallaba viajando en un avión demorado detrás de

otro proveniente de Israel y ni siquiera aterrizó en Nueva York hasta más tarde esa misma noche. Primero tuve que decidir si habría de hacerse una autopsia. En ese caso me aparté de la postura tradicional y permití que se realizara una. Se trataba de un caso en el que hubiera querido tener una norma claramente especificada por una persona con autoridad, porque pensar por mí misma en ese momento me resultaba sumamente difícil. Hubo muchas discusiones al respecto, y finalmente sentí que a mi padre le hubiera gustado que cualquier persona que en el futuro se viera enfrentada con sus problemas tuviera los beneficios de un conocimiento que podría surgir de las causas de su propia muerte. En otros puntos disponíamos de normas precisas y mi carga se vio inmensurablemente aligerada.

En la pequeña ciudad de Florida donde a mi padre lo había golpeado la muerte no había empresario de pompas fúnebres judío. El que se hallaba allí, sin embargo, fue muy útil y nada meloso, cosa que me consoló. Estaba capacitado para enfrentar toda clase de emergencias, y extrajo de su mente lo que le habían enseñado sobre el ritual judío. Insistimos en tener un ataúd de simple madera de pino, unido con clavijas y no con clavos porque mi padre siempre había sido muy específico en cuanto a sus deseos al respecto. Había hablado con mi marido diciendo que quería tener la seguridad de que lo enterrarán en la forma ortodoxa, en un ataúd de simple pino, y no que lo embalsamaran.

No tuvimos muchos problemas para hallar el ataúd que queríamos. Por cierto que a este empresario de pompas fúnebres le habría resultado más fácil comprender si hubiéramos pedido uno elaborado. De haberlo embalsamado, hubiéramos solucionado los problemas referentes al transporte interestatal de un cadáver. Pero nos mantuvimos firmes. Nuestra tradición judía estaba allí para apoyarnos. No teníamos más que insistir. No teníamos que hacer preguntas, ni tener dudas, ni tomar decisiones.

Cuando llegamos a Nueva York, al departamento de mis padres al día siguiente, todavía no había entendido totalmente lo que había sucedido. Resultó un shock no ver a mi padre parado en el umbral saludándonos con un abrazo de oso después de cuatro meses de ausencia. Mis hijos, de doce y catorce años, recién entonces se percataron de que su abuelo finalmente había desaparecido realmente. Tanto los había amado, que su ausencia les resultaba inimaginable.

De acuerdo con la costumbre habitual, mi madre y yo no salimos de la casa antes del funeral. La gente vino y nos trajo comida y no tuvimos que enfrentarnos con la mecánica de la vida hallándonos tan cerca de la muerte.

Llegó la mañana del funeral. Vinieron coches a recogerlos. Esperamos en una pequeña habitación en la casa de pompas fúnebres, fuera de la capilla mientras la gente entraba, nos saludaba y besaba y nos hablaba. Sus expresiones de condolencia, que buscaban a tientas, podrán haberles parecido lamentablemente inadecuadas (recuerdo cómo me sentí en ocasiones similares) pero resultaron consoladoras y necesarias.

Por último efectuamos el rasgado ritual de las vestimentas. El rabino nos explicó que ello se hacía en forma ritual y reducida porque la ley judía prohíbe expresamente el exceso de duelo. Dijo que debíamos hacer la *shivá* durante siete días, a partir de ese mismo día. No debíamos dedicarnos a la *shivá* en sábado. Pero, no obstante, debíamos contarlos como uno de los siete días. Después del servicio fúnebre, no debíamos ir a un cementerio por espacio de treinta días. Aturdida como estaba, no pude evitar estarle agradecida a una tradición gentil y considerada que insiste en que haya un período de duelo, y que se sigan las observancias rituales durante ese período, y que al mismo tiempo exige que haya límites en ese período de duelo, y que no sea excesivo, sino que los vivos vuelvan al mundo de los vivos.

El servicio fúnebre y el servicio del entierro siempre quedarán como una cosa borrosa en mi mente. Mis ojos, si no mi corazón, se hallaban fijos en ese ataúd tan inexorablemente cerrado frente a la capilla. De pronto mis treinta y ocho años se esfumaron y volvía a ser una niña confundida. No me podía llegar a convencer de que esa caja realmente contuviera a mi papito. No podía estar en esa caja. Podía aceptar la muerte del cuerpo, quizás, después de un cierto período de acondicionamiento. Pero la muerte del espíritu, la muerte de esa cosa personal real que forma a cada individuo no es aceptable. Siempre la rechazamos. Y aquí el judaísmo vuelve a ayudar. Se nos prescribe recordar y agradecer por la persona y su gentileza espiritual que no muere, aunque perdamos su cuerpo. La muerte significa "polvo al polvo" y esa simple caja de madera de pino está destinada a pudrirse lo antes posible.

En el cementerio los judíos no necesitamos irnos antes de que el ataúd se haga descender a la tumba. El modernismo y un falso sentimiento de delicadeza a menudo hace que la gente no realice el ritual de arrojar tierra al ataúd que ya se hizo descender. Pero si nosotros mismos echamos la tierra, como lo hicimos yo y mi madre ese día, escuchamos ese sonido hueco, vemos y debemos enfrentar la realidad de un ataúd en la tierra. Entonces comencé a aceptar el hecho de que el cuerpo debe partir, aún a través de esa terrible nube de dolor que me rodeaba. El canturreo de *El Malé Rajanim*, "Señor Lleno de Compasión", me ayudó más, y forma más parte de mi recuerdo permanente de ese día que el sabio y gentil panegírico dado por el rabino. Una vez más, en un momento tremendo, es el antiguo ritual lo que reconforta, por muy gastado que esté por la repetición y la edad, y no las palabras específicas de sabiduría contemporánea dichas por un amigo, por muy amante que sea. Ese servicio en el cementerio tenía una gran finalidad, y cuando lo abandonamos había una especie de alivio de tensiones. Nuestra realidad, que debíamos enfrentar después del entierro, era la realidad del dolor.

Mi madre y yo volvimos con la familia al departamento de Nueva York y a otra gentileza tradicional que nos afirmó cuando nos sentíamos totalmente vacías. Ambas queríamos escondernos, dormir, llorar a solas, no tener que enfrentar a otra persona. Pero no podíamos hacerlo. De acuerdo con la tradición judía, volvimos a casa seguidas por muchos ami-

gos íntimos que nos recibieron con huevos duros (para recordarnos que los comienzos de la vida siguen avanzando) y arenques y salmón y pan y "beiguels" y queso cremoso y crema ácida y galletitas y tortas y todo tipo de cosas ricas. Y la gente nos obligó a comer. Para gran sorpresa nuestra, después de nuestro inicial rechazo y una sensación de disgusto, comimos cuando nos urgieron a hacerlo y nos sentimos realmente mejor. La tradición y la insistencia tenían razón. La vida continúa de inmediato.

Probablemente a mucha gente se le pueda aplicar, como se me pudo aplicar a mí, que el encendido de la vela de *Yarzeit* tiene una especie de significado místico. Ardió continuamente durante toda la semana de duelo, y me apartó del mundo del trabajo cotidiano durante ese período. Mientras ardió, sentí que el espíritu de mi padre no se había ido tan lejos como habría de irse necesariamente. Esa vela era un símbolo de la transición entre la vida y la muerte, que alejaba el sentimiento repentino de todo ello. En cierto sentido, por supuesto, mi padre había estado vivo y al minuto siguiente muerto. Pero en otro sentido, la mente no puede enfrentarse a ese carácter abrupto de la detención del corazón. Esa vela que flamea en la noche mientras yazgo sin poder dormir perseguida por mis confusos sueños y mi soledad, me consoló en forma directa e infantil. Todos somos niños en momentos como esos. Era mejor que estar en la oscuridad.

El día del funeral no constituyó el final del apoyo que recibimos de compartir nuestra pena. Todas las tardes, mientras nos sentábamos durante *shivá*, se reunía un *minián* al caer el sol y decíamos las plegarias expresadas en el libro de oraciones para una casa de duelo, y el *Kadish* de Duelo. Su venida y nuestras plegarias conjuntas constituían un consuelo y un apoyo. La llegada de todos los visitantes, la mayoría de ellos portadores de vituallas, constituían un consuelo y un apoyo. La conversación era siempre la misma. Nos preguntaban sobre la muerte de mi padre, y la gente recordaba su vida. Esta misma repetición —contestando siempre las mismas preguntas y llorando una y otra vez sobre los mismos hechos inexorables— todo eso nos hizo comenzar a enfrentar esos hechos y a grabarlos en nuestra conciencia, de modo que todo ello constituía un consuelo y un apoyo. Cada mañana abrimos las cartas y tarjetas y telegramas que llegaban por correo y nos las leíamos mutuamente en voz alta, y volvíamos a agradecerle a todos los que trataban de consolarnos.

La única pregunta que queda para los que no han atravesado por esta experiencia en particular, y lamentablemente incluso para aquellos que sí la han sufrido, es porqué afecta tan terriblemente y tiene tanta importancia. Todos suponemos que cuando crecemos y nos casamos y tenemos nuestros propios hijos, la pérdida de un padre o una madre de edad no constituirá una experiencia dolorosa. ¿Para qué necesitamos todas esas insignias de observancia religiosa? ¿Para qué pasar por todo este ritual? Muchísima gente no lo hace, y parecen sobrevivirlo perfectamente. Van al funeral, vuelven directamente y continúan su vida de todos los días. No parece importarles mucho. Para muchos, el pasar por la *shivá* puede parecer la ciega observancia de un antiguo ritual junto con una oración sin sentido dirigida a una deidad que no existe.

Respondiendo a tal argumento, sólo puedo citar mi propia experiencia. Hay muchas ocasiones en las que yo también tengo dudas sobre la existencia de un Dios o la eficacia de la plegaria. Pero el ritual es algo diferente. El tomarse esa semana para realizar esas cosas constituyó una enorme ayuda para mí, porque me dio tiempo a enfrentarme a la realidad, me recordó incesantemente lo que era la realidad. Desde entonces he leído, y charlas con mi médico me han convencido, de que la cantidad de enfermedades que hay en la familia de una persona de duelo aumenta fuertemente durante el año posterior a la muerte. He conocido gente que no se tomó el tiempo necesario para enfrentar la muerte de sus padres y halló que, años más tarde, podían sentirse repentinamente asolados por el dolor. Más vale enfrentar la muerte cuando tiene lugar, no dejarla merodeando, sin enfrentarla, en un oscuro e insospechado rincón de la mente.

En mi caso, la muerte de mi padre incluso constituyó un acontecimiento que esperaba. Durante treinta y cuatro años había sufrido gravemente del corazón. Siempre esperamos perderlo en el presente o en un futuro próximo. Me imagino que parte del shock fue en razón de que nos acostumbramos a no perderlo. Se lo llevaron al hospital varias veces. Los médicos tuvieron grave aspecto muchas veces. Pero todas esas muchas veces ganó la batalla y volvió a casa. Ahora la percepción tardía me dice que su larga enfermedad fue lo que vivió. Incluso resultó que no murió de ello.

Todos nosotros crecemos suponiendo que esperamos la muerte. Pero llega un momento en el que alguien vive y un momento en el que muere. La muerte es diferente, y no hay vuelta atrás. Tenemos que enfrentarla. Deberíamos consolarnos con lo que hallemos para ello, y para un judío, el ritual de duelo es un consuelo del que dispone.

¿Supera uno la muerte de un padre o una madre simplemente realizando todos estos rituales? Sólo el tiempo ayuda, y el ritual nos da tiempo y nos hace concentrar en el esfuerzo de curarnos. Por supuesto que hay ciertas cosas que uno nunca supera. Por cierto que el dolor se va y si uno lo enfrenta de entrada y acepta el apoyo y la ayuda de que dispone, nuestros corazones hallan alivio con mayor rapidez.

La primera vez, ocho meses después de la muerte de mi padre, que me puse de pie para *Rosh Hashaná* con mi familia para decir *Kadish* en la sinagoga, las lágrimas me cegaban, y me volví a ver sacudida por el dolor. Pero este año no lloré durante *Izcor*. Ahora recuerdo a mi padre y pienso en él con mayor frecuencia que durante el peor período de duelo (cuando uno piensa más que nada en sí mismo). Quisiera que estuviera aquí para ver los logros de sus nietos. Le hubiera encantado. Pienso en chistes de los que se hubiera reído. El judaísmo, tal como lo hubiera querido, me ha dado un marco de referencia en el que puedo recordar y estar agradecida y comprender mejor la mortalidad y lo pasajero de la vida.